

Visión plástica de Rugendas

JOSE MARIA PALACIOS

Dibujante, grabador y pintor, la multitudinaria creación de Rugendas —miles de obras sumadas en sus más diversas expresiones— pareciera exigir también otra multitud de carillas. Pero no es el caso, ni tampoco nuestra pretensión, porque sería excesiva. Aquí sólo se trata de ofrecer una síntesis de la visión plástica que desarrolló particularmente en Chile, sin olvidar lo hecho en Brasil, México, Argentina, Perú y Bolivia.

Por cierto, para lograr este objetivo, debemos dar con algún punto de vista que concentre y a la vez diversifique su producción, apuntando en lo primero a sus características sustanciales y, en lo segundo, a cómo soluciona el desafío natural que significa el empleo de técnicas diversas y la razón del pluralismo motivacional de su obra.

La primera característica rugendiana es su filiación: desciende de una familia de artistas que lo antecede en casi dos siglos. Esto significa que él debió cosechar, natural y espontáneamente, toda la potencia y el acto de ser propios a su ancestro. Dadas las condiciones entonces exigidas a un artista plástico, el dibujo antecedia a la pintura y, en todo caso, el rigor académico era primordial. J.M. Rugendas, como efecto, parte de premisas sólidas y fundamentales, que no le abandonarán en su posterior trayectoria. Será cultor del boceto, será un agudo observador y, más que nada, un analista. Aun dadas sus naturales virtudes para tratar el dibujo al natural, aun dada su facilidad para captar lineal o pictóricamente el entorno, no cede al empuje primario. Insiste en sus notas, cala siempre. No le basta sólo un ángulo de visión. Busca, rebusca. Su pupila se afina con su sensibilidad y tiene conciencia de que los motivos van siempre más allá de sus apariencias en primera circunstancia. De aquí la multitud de sus dibujos y bocetos, hecho que no debe extrañarnos. Turner, el pintor inglés hoy tan estimado y que alcanzó precio récor en una de las últimas subastas de Sotheby, dejó

21.000 bocetos. Y Turner fallece sólo siete años antes que Rugendas. Ambos fueron formidables trabajadores.

Pero hay diferencias: Turner es un revolucionario. Quizás sea tan romántico como Rugendas, acaso viva problemas existenciales similares, mas sus viajes por la misma época no trascienden Europa. Rugendas, en cambio, busca otros horizontes. También, como el inglés, recorre Francia, Alemania e Italia. Es la convención. Turner la transforma y adquiere su propia validez y su actual trascendencia. Cada uno tiene conciencia de sí y desarrolla su personalidad en razón del propio punto de vista. Dentro de este plano, Rugendas es más audaz: viaja hacia el Nuevo Mundo. Ya en 1821 y hasta 1825 lo tenemos en visita a Brasil. ¡Todo un horizonte distinto, toda una panorámica diferente! También, otro enfoque. El artista bávaro es otra cuerda. Es, más que nada, ilustrador. El busca reflejar. Le pesan sus antepasados, le pesan sus estudios en Munich. Es un naturalista, no un innovador. Sin embargo, aquí será lo segundo.

Pienso que es de interés juzgar, aun al paso, a estos dos artistas contemporáneos. Turner tuvo una pupila sagaz y aventurera que procesa su espíritu con una visión muy personal. Dejando de lado el tradicionalismo inglés, Turner antecede a los impresionistas y busca como tema el de las atmósferas de luz difusa en todas sus gradaciones. De este modo y con esta actitud pinta desde la niebla gris de Londres hasta el cielo azul plata del sur inglés. Pero estos paisajes, que a su modo idealiza, los puebla con personajes históricos o mitológicos. Rugendas, en cambio, con menos idealización del paisaje, recurre a los personajes cotidianos, comunes. Persiste en su obra la ilustración: el orden y no la aventura.

¿Por qué, entonces, innovador en nuestro medio?

Justamente por sus personajes. La Europa decimonónica respira el neoclasicismo y América Latina aún vibra con los aientos coloniales y el afán por el retrato. El retrato del gran personaje, del nuevo prócer. No del pueblo, como de alguna manera los realizara Murillo. El carácter innovador, como efecto, es claro. Frente a la posición aristocratizante, Rugendas presenta al pueblo.

Cierto es, de modo paralelo pinta también a damas y caballeros. Su famoso retrato de doña Carmen Arriagada se reviste de una alta dignidad, de notable finura. Pero él también sabrá otorgarles especial dignidad a nuestros huasos maulinos y los personajes populares de la ciudad. Su trazo ágil, espontáneo y expresivo, busca más el ritmo, el movimiento, que la estática postura del gran personaje en un retrato.

En este plano debemos admitir, una vez más, el sentido ilustrativo del artista bávaro. Su audacia de venir al Nuevo Mundo no se basa en la idea o la

búsqueda de la plenitud del color en otras latitudes o la posibilidad de procesar, de manera personal, sus vistas del entorno. Nada de esto. El quiere reflejar, nada más. ¡Y qué bien nos refleja! No juzga con sentido vertical sino horizontal. Para él la motivación es lo humano y como soporte el entorno, la naturaleza. Y así, dibujando o pintando aquí y allá, nos dimensiona en la primera mitad del siglo xix.

La postulación rugendiana, en consecuencia, es clásica. Apunta a su encomiástica definición humanista. La misma que guía a Giotto y que sirve a Masaccio. Esto es, primero, la fe en la visión personal; segundo, la precisión y el equilibrio, buscando cierta perfección de la forma y una construcción racional.

Sabemos bastante del hombre. Es, diría, bastante significativo lo escrito aquí en Chile por Eugenio Pereira Salas o Tomás Lago. Lo es, asimismo, el aporte del exterior. Peter Halm —uno de sus estudiosos europeos—, refiriéndose a cómo reacciona aquí, en el Nuevo Mundo, señala: “Se enfrenta con la naturaleza de una manera ingenua y serena, conmovido por su riqueza siempre variada y por su grandeza, y sobre todo por la exuberancia del mundo tropical que tan fantásticamente se despliega ante sus ojos en Centro y Sudamérica, pero está decidido al mismo tiempo a captar la esencia de su carácter propio”.

Es correcto. No obstante, no lo es todo. Rugendas, para nuestro caso, y también para los otros países latinoamericanos ya señalados, va más lejos. Y esto, a nuestro juicio, se debe a su inteligencia. La de Rugendas es dinámica, consecuencia de una formación académica rigurosa y un estar permanentemente alerta a los estímulos exteriores. Para él, los esquemas o las normas de sus contemporáneos no lo son todo. Tiene la rebeldía del romántico. Y también el natural raciocinio germano. Por lo mismo, busca desentrañar por sí mismo, como lo hiciera Leonardo —“el arte es cosa mental”—, aun cuando, es cierto, sin la misma profundidad. Pero quiero decir que los viajes hacia América le ofrecen la apertura sensible y racionalizadora que supo aprovechar debidamente.

Al llegar a Rugendas dentro del panorama plástico universal, es cierto, ya son muchos los artistas que se han enfrentado a la naturaleza y sus formas. La primera y las segundas han recibido el trato idealizador y el realista. Incluso, retornando a Turner, nos es dable apreciar cómo el espíritu artístico se amplía y conjuga con razón de futuro. Pero Rugendas busca otros aspectos, acaso como la afirmativa de su ancestro y también de su inquietud romántica. El quiere mostrar lo no conocido por los europeos. Y lo logra. Lo consigue aquí, en América, donde puede solucionar el desafío natural que le exige técnicas distintas y le da respaldo a su pluralismo motivacional. A la

vez, en esta América nuestra tiene la posibilidad —y la aprovecha— de caracterizar medios distintos y también personajes disímiles. Quizás si esto era lo que buscaba.

Podría, a esta altura del análisis, suponerse cierta inclinación literaria hacia los motivos. Y yo no la desestimaría. Un ilustrador es también un literato, que en vez de la pluma utiliza el lápiz y la paleta. Rugendas recaba del uno y la otra sus respectivas expresividades, con un éxito particular, que hoy apreciamos tanto como lo fue en su tiempo. No olvidemos que en 1847 Delacroix le elogia sus dibujos de América. ¿Y cómo no? Delacroix era tanto o más romántico que el bávaro. En consecuencia deben haberle fascinado estos personajes y estas escenas que él no conocía.

Cuando hoy observamos los dibujos y las pinturas de Rugendas, a su vez, a nosotros nos sucede lo mismo, si bien con otra perspectiva. Es nuestra historia, son instantes de un suceder en que participan nuestros antepasados y hacen, justamente, nuestra historia rediviva. Miremos su *Batalla de Maipú*, observemos su *Llegada del Presidente Prieto a la Pampilla para la Fiesta Nacional*. La historia nos transporta. Regresamos al pasado con una emoción y una alegría particulares. Rugendas, como después lo hicieron Carmona, Guzmán, Casanova Zenteno o Pedro Subercaseaux, nos revitaliza el ancestro. La pincelada de Rugendas logra este milagro.

Aludimos a la pincelada y este es un punto insoslayable en pintura. Hay otros extranjeros que nos pintaron y vale apuntar a las diferencias. Wood nos trató como si fuéramos ingleses. Somerscales, años más tarde, también nos juzga con espíritu similar. Rugendas, en cambio, nos trata con la humilde y a la vez certera mirada de un fotógrafo de plaza, pero con la ventaja de su oficio pictórico y, desde luego, un sentido estético superior. Retrata e interpreta, aporta espíritu. No se condiciona a un sólo enfoque, meramente figurativo, sino que busca la trascendencia, el fondo del tema tratado. Ciento es, busca, como el fotógrafo, detener el instante preciso, mas gracias a su pincelada expresiva, dinamiza la escena y nos comunica una impresión temporal múltiple: el antes, el ahora y un posible futuro. Si bien se mira, en este aspecto la obra rugendiana tiene el poder y la dinámica de la síntesis cinematográfica. Ofrece todos sus aspectos importantes: la vista panorámica, el close up, el detalle insólito. La visión de Rugendas es cabal, aguda y trascendente.

Cuando hoy observamos los dibujos y óleos del artista bávaro, por lo mismo, nos sorprende su capacidad para lograr lo instantáneo, la detención de lo fugaz, comunicando a la vez su ritmo. Pienso que si Rugendas hubiera vivido nuestro tiempo, con las ventajas de los actuales medios de comunicación, habría sido un gran director de cine o un experto hombre de cámara.

En cualquier caso, un cronista estupendo. Miraba y sentía. Cosechaba con rapidez y fecundidad. Como efecto, su mirada era capaz de penetrar tanto en el embrujo del mar como en tierra adentro. Y sus emociones de contacto humano le permitían, a su vez, lograr idéntica captación del ser campesino como del urbano.

Retornamos a sus personajes. Y debemos, aquí, contraponerlo a sus visiones paisajísticas puras, que son pocas. En éstas, eso sí, vale apuntar a su sentido de grandiosidad, el respeto por las perspectivas y un justo, nunca excesivo, trato del sentido atmosférico. De alguna manera, Rugendas iluminaba todo. Influido, posiblemente, del factor tropical en que vive por años. La luz lo domina. Como efecto de lo mismo, en el trato de los personajes recoge un acertado sentido de los planos. Vigoroso, sólido, el primero; desvaídos los demás. Obsérvese el dibujo del *Carretero*. El hombre está en primer plano, erguido, visualizado en forma y volumen. Al fondo, en cambio, de contrarresto, hay dos carretas apenas bocetadas en sus líneas, más bien como sugerición complementaria.

Observemos el *Lacho*. Rugendas trata, con el subrayado movimiento de la pata derecha delantera del caballo, cómo fijar la actitud permanente del jinete: afectación, un deseo exhibicionista. No obstante, la cabeza del caballo mira hacia abajo, humilde, en tanto el "lacho" mira de frente, casi con insolencia, atildado y seguro de sí, soberbio.

Estas dos breves observaciones sobre sus dibujos nos lo contraponen abiertamente con sus visiones paisajísticas, donde el detalle no interesa. Interesa, sí, la mancha de color que sugiere más que define, que diluye más que concreta. Es, plásticamente, la diferenciación práctica entre el dibujo y la pintura.

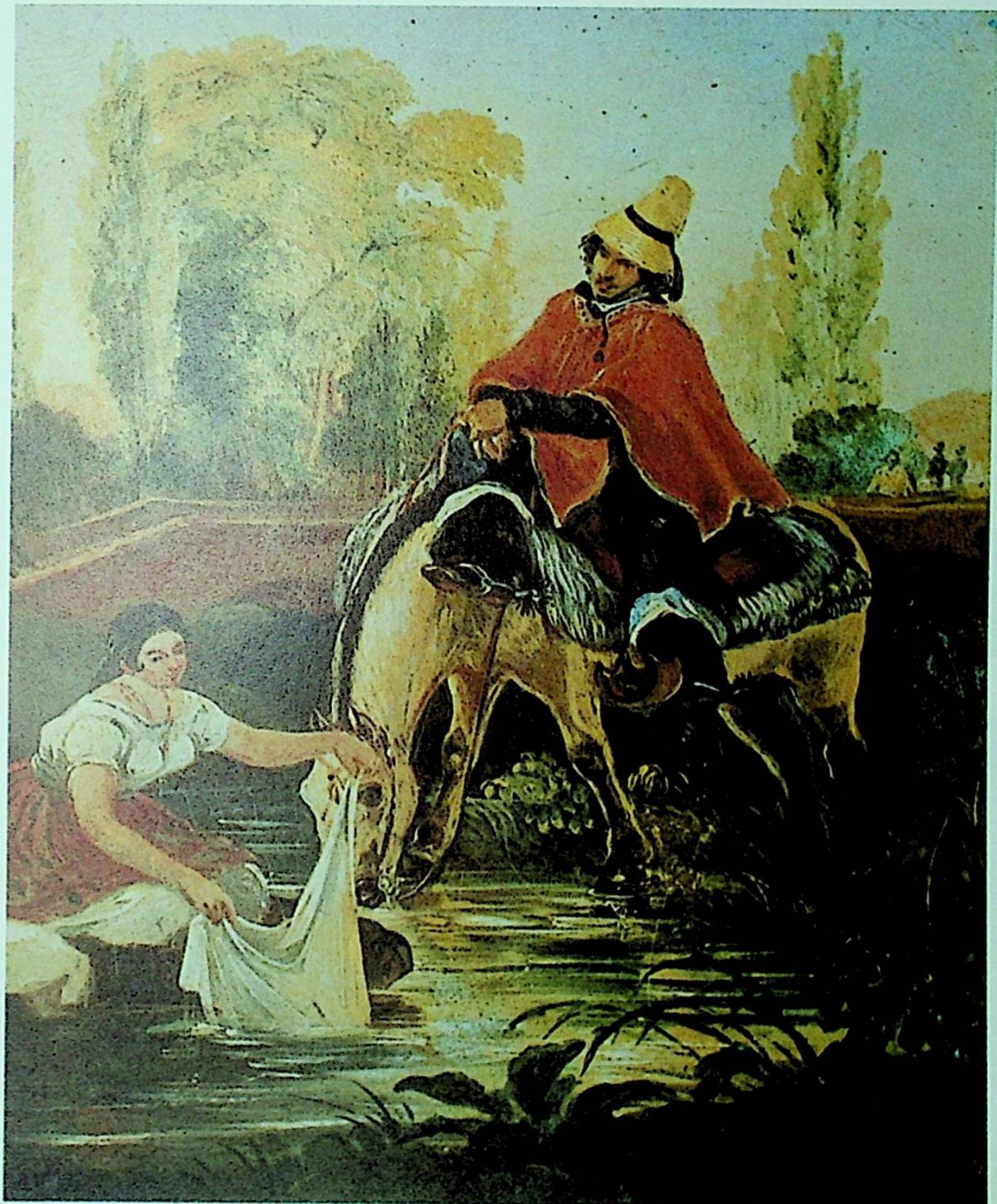
Pero volvamos a sus personajes. Así como en muchos momentos le interesa fijar la individualidad arquetípica, podría decirse, en otros trabajos apunta a la masificación. Aparte de los casos ya señalados del *Carretero* y el *Lacho*, no conviene olvidar su óleo *El huaso y la lavandera*, en que decididamente individualiza. Pero si retornamos a sus visiones de *Llegada del Presidente Prieto a la Pampilla para la Fiesta Nacional* o su versión de la *Batalla de Maipú*, admiraremos su ingenioso proceder para detectar o revelar los personajes importantes y cómo masifica agudamente el conglomerado en torno, pero sin descuidar el detalle que puede afirmar la composición —fenómeno plástico—, y, cómo, al identificar o asociar actitudes, fijando lo influyente de la sicología de las masas, es también capaz de diferenciarlas —fenómeno humano.

Rugendas no pudo ser, como lo fue Turner, con el cual establecimos al comienzo algún parangón, un revolucionario. No era su rol. Ni tampoco su

sensibilidad estaba predispuesta para ello. Lo estaba, en cambio, para admirar lo nuevo, para encandilarse, incluso, algo que por lo demás buscó, en un mundo nuevo. Aquí, como en Brasil, México, Argentina, Perú y Bolivia, encontró estas posibilidades. Nuevas formas, la cordillera en particular, con sus picachos y hondonadas, la soledad, las distancias ajenas, y, en medio, el hombre. Un contraste de estaturas y color que lo fascinan. De aquí un matiz distinto frente a la convención que por entonces podía representarle Europa, y de la cual supo sacar todo el provecho posible. Sus famosas *Bajadas a Valparaíso* lo confirman en cierto sentido. Pero mucho más sus visiones cordilleranas, en las cuales destaca de manera mucho más elocuente su admiración y sentimiento frente a la magnitud y lo enormemente sugestivo de nuestra naturaleza.

Es una lástima que Rugendas viviera en el siglo XIX. Si pensamos que, como Monvoisin, pudo ser sólo el retratista de una clase aristocrática y algo más, y, en cambio, hoy lo juzgamos como el innovador que postuló y logró definiciones entrañables de todo nuestro pueblo, ciertamente que nuestra balanza se inclina por el bávaro. Como semilla, en él damos con raíces precursoras del criollismo y el nacionalismo de Nicolás Palacios en su *Raza Chilena*; damos con antecedentes precursores de la "generación del 13" y damos con la necesidad de fijar más nuestra mirada y nuestros sentimientos en el mundo propio y no en el ajeno.

En 1847, en París Delacroix elogia los dibujos de Rugendas sobre América. El francés advierte el sentido de descubrimiento que poseen. Nosotros, a su vez, aun ahora, nos sorprendemos cómo un artista europeo, de justa fama y renombre, pudo descubrir en esta "finis terrae" un mundo posible y realmente maravilloso. Es, diría yo, la mejor herencia de las visiones plásticas que, de nuestra tierra, tuvo Juan Mauricio Rugendas.



Rugendas. *El huaso y la lavandera*. Es uno de los cuadros más conocidos. Está en el Museo Nacional de Bellas Artes en Santiago.



J.M. Rugendas. *Paisaje sureño*. Colección Banco Sud Americano, Santiago de Chile.



Rugendas. *Vista de El Descabezado.*



Rugendas. *Rocas en la costa del Pacífico.* Estos dos cuadros están en el museo *Alteutsche Sammlung* de Múnich, Alemania.



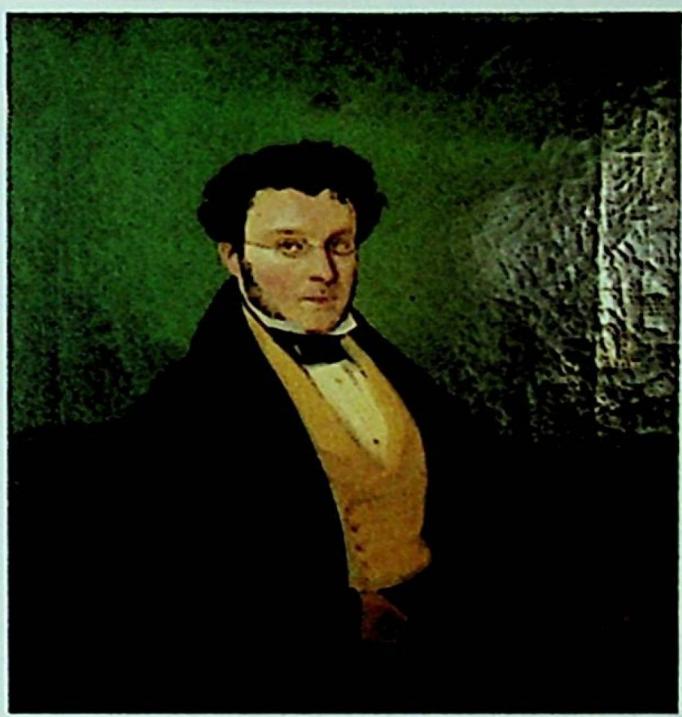
Rugendas. *Paisaje cordillerano*. Pinacoteca de la Universidad de Concepción.



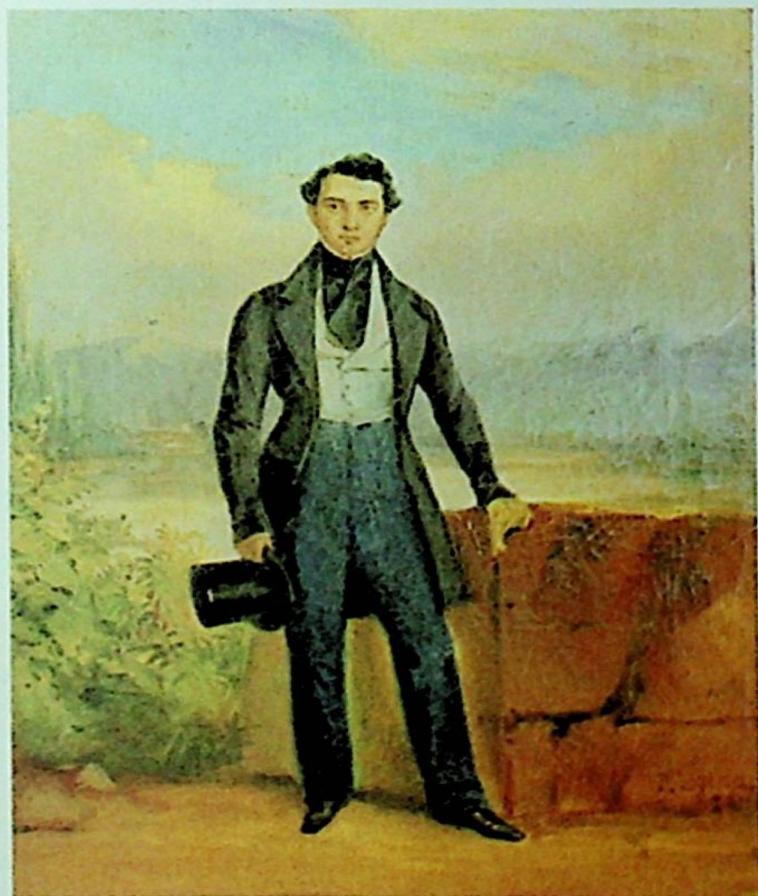
Rugendas. *Huasos maulinos* (Detalle).



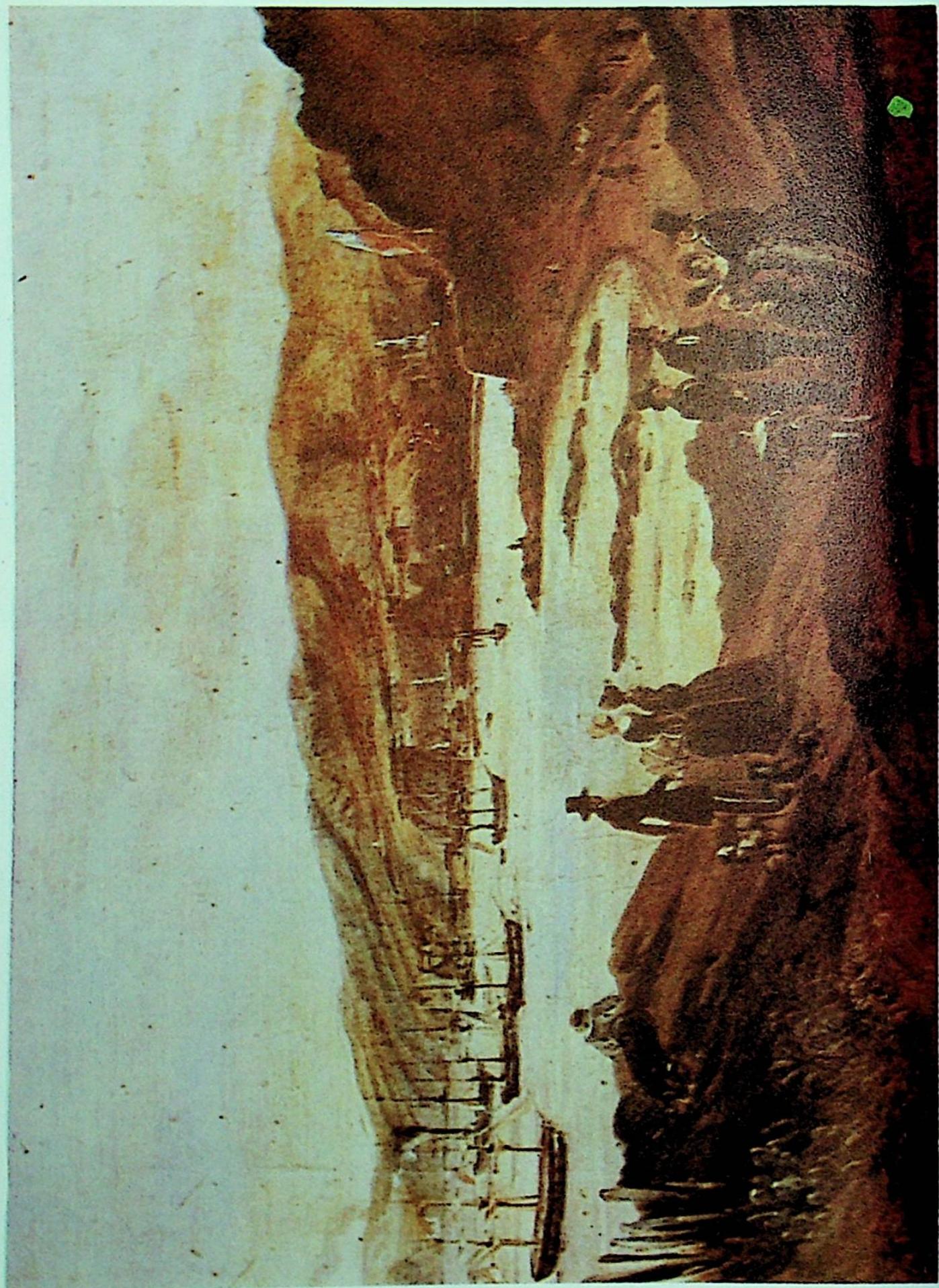
Rugendas. *Retrato de una dama desconocida*. Pinacoteca de la Universidad de Concepción.



Rugendas. *Retrato*. Pinacoteca de la Universidad de Concepción.



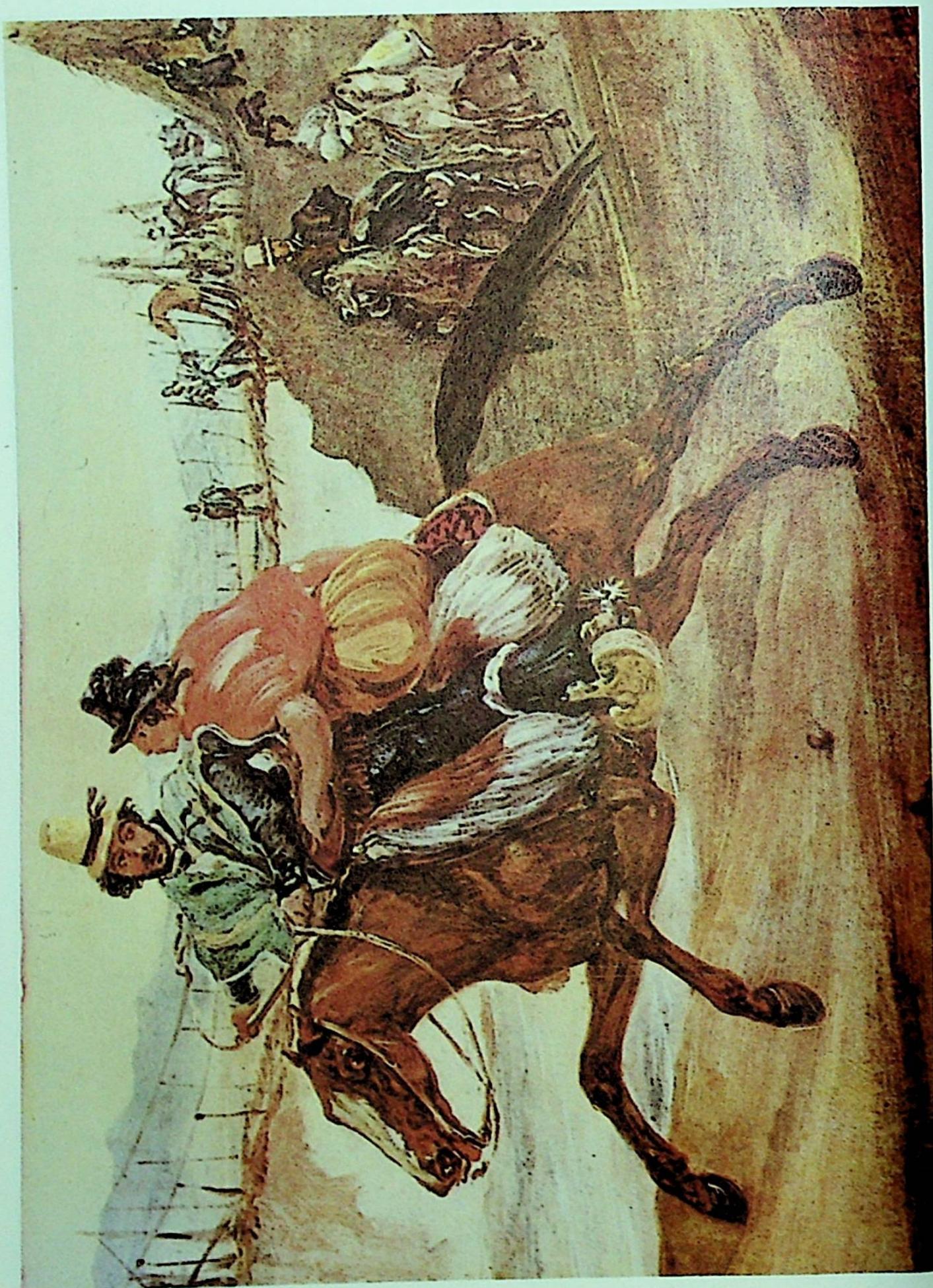
Rugendas. *Personaje en la Cañada*. Pinacoteca de la Universidad de Concepción.



Rugendas. Puerto de Valparaíso. Grupo familiar.



Ruggendas. Batalla de Maipú. Este cuadro es del Museo Histórico Nacional y se conserva en el Palacio de la Moneda.



Rugendas. *Escrem campeira*.



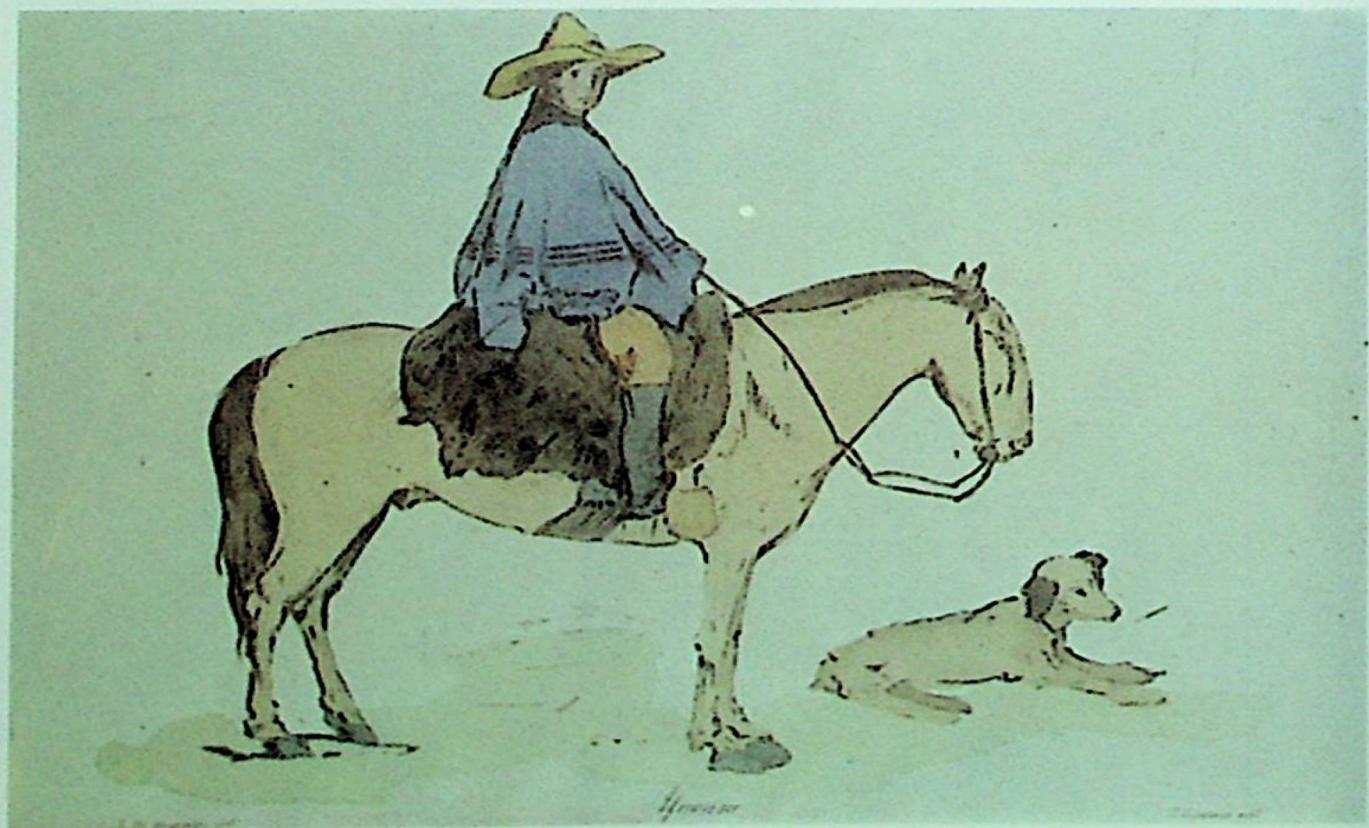
Rugendas. *Camino de Valparaíso a Santiago.*



Rugendas. *La Reina del Mercado.* Cuadro pintado en México.



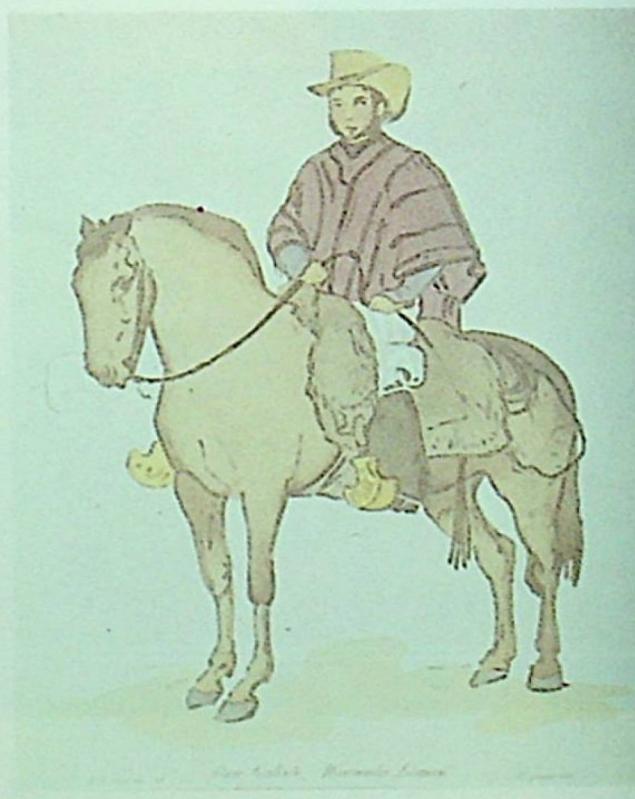
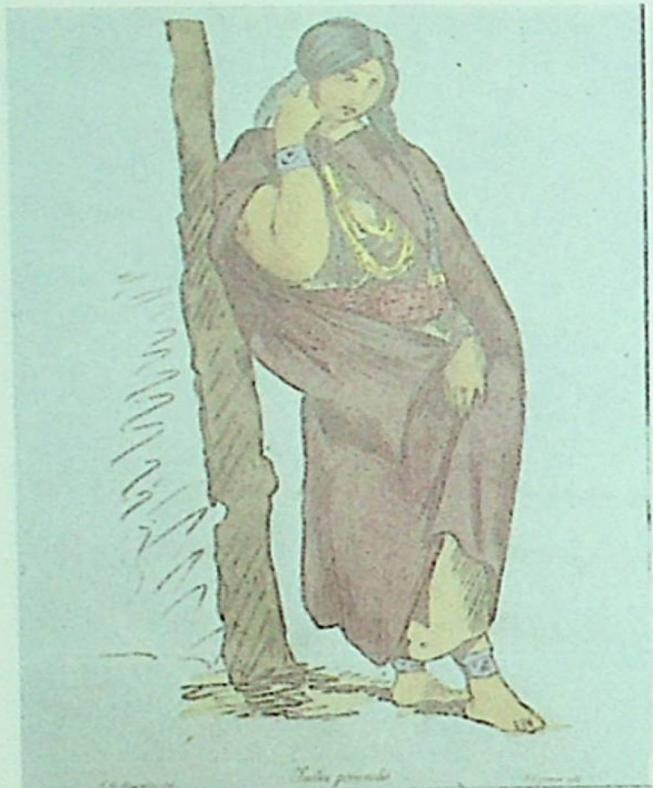
Rugendas. *Templo de Santiago de Chile.*



Rugendas. *Personaje del campo chileno.*



Rugendas. *Retrato de Carmen Arriagada*. Esta dama de Talca es toda una leyenda por haber estado ligada sentimentalmente al pintor bávaro. Su álbum de amor es una reliquia.



Rugendas. *Personajes populares chilenos*. Reproducidos en el libro de Ismael Espinosa.